La Novela Cómica

Nº 100

10 cénts.

Francisco de Torres
y
Car Cruselles

Caricatura de Arturo la Riva

EL AMIGO DEL ALMA

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

EL AMIGO DEL ALMA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cascarilla	*Srta. Loreto Prado.*
Fú-Fú (coupletista japonesa) / La reina de las Pulgas	*Sra. Franco.*
Doña Sabina	» *Castellanos.*
Charito (sevillana)	*Srta. Blanc.*
Una parroquiana	» *Anchorena.*
Saturnina (mujer del catalán)	» *López.*
Una joven incitante	» *Román.*
Florista 1.ª	» *Martín (P.).*
Idem 2.ª	» *García.*
Golfo 1.º	» *Girón (D.).*
Golfo 2.º	*Srta. Nombela.*
Rodríguez	*Sr. Chicote.*
Valdivia	» *Soler.*
Fú-Fú (coupletista japonés)	» *Llaneza.*
Un marido (catalán)	» *Delgado.*
Un tío gordo / Anunciador del cinematógrafo	» *Castro.*
Otro que anuncia / Un acomodador	» *Bermúdez.*
Un revendedor	» *Borda.*

Transeuntes, concurrentes, acompañamiento, etc., etc.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es ó el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—El porvenir del niño (un acto).—Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2).—Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

FRANCISCO TORRES Y CARLOS CRUSELLES

El amigo del alma

Humorada lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original, música de los maestros Giménez y Vives, estrenada en el teatro Eslava la noche del 16 de noviembre de 1905

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de una zapatería de relativa importancia. Al foro, y en la lateral izquierda, puertas de entrada al establecimiento. Entre ambas puertas, y formando chaflán, el escaparate. En la lateral derecha, puerta con cortinaje, que se supone da acceso a las habitaciones interiores de la casa. En el ángulo derecho un «comptoir». Repartidas por toda la escena banquetas y banquillos para apoyar los pies. Una escalera de mano. Es por la tarde

ESCENA PRIMERA

Rodríguez, arreglando el escaparate; Cascarilla, en la calle, dándole al manubrio del toldo Valdivia, subido en una escalera de tijera, ordenando las cajas de cartón que ocupan la estantería, y doña Sabina, en el «comptoir», revolviendo papeles

Música

VAL. Siempre que necesites — comprarte botas,
ponte, niña, unas medias — que no estén rotas.
Y si vienes a esta — zapatería,
no des coba al maestro. — que no se fía.
Y dale de betún — si no son de charol,
y así te quedarán — brillantes como el sol.

CAS. Yo me paso la vida soñando,
y los sueños me van a matar,
pues me ocurre que siempre despierto
cuando no quiero yo despertar.

SAB. ¡Qué de disparates, — qué atroz confusión,
no hay aquí bien hecha — ni una apuntación!

ROD. ¡Ay!, qué chica más graciosa — qué manera de jugar
con los ojos, con la boca, — la cadera y... lo demás.

VAL. Yo prefiero una fea — muy bien calzada,
a una mujer hermosa — que vaya en chanclas,
pues hace mucho tiempo — que está probado,
que la mujer nos gusta — por el calzado.
Y dale de betún, etc.

CAS. La otra noche soñé con dos niñas
que tenían la gracia de Dios,
y después de correr una juerga
me metí en la camita a las dos.
ROD. Todavía no he hecho — más que mirarla,
y ha sido bastante — pa trastornarla.
SAB. Rodríguez.
ROD. Sabina.
SAB. ¿Quieres acabar?
CAS. Ya está la vecina.
VAL. Se la va a ganar.

Hablado

CAS.—(Se supone que habla con una doméstica que está asomada en el balcón del entresuelo.) ¡Rosita! ¡Rosita! Anoche soñé contigo, y ¡si vieras qué sueño tuve... Pues que yo era más chico de lo chico que soy: que tú me tenías en brazos y yo me aprovechaba.

ROD.—Tú, grana, adentro.

CAS.—(Entrando.) Pero si es la niñera del segundo, que dice que me va a mandar unas botas pa echarlas unas punteras.

ROD.—Yo sí que te voy a dar unas punteras.

CAS.—¡Maldita sea! El día que me coja de malas le doy con una horma en la cabeza. Quiere que todas sean pa él... ¡Ansioso! (Mutis primera derecha.)

VAL.—Gachó, se ciega usted con el escaparate.

ROD.—Como que lo estoy poniendo que ofusca.

SAB.—Oiga, Valdivia, don Jacinto Regúlez, ¿qué ha dicho?

VAL.—Que pagará el lunes, que espera dinero.

(Doña Sabina sigue en voz baja su trabajo.)

ROD.—Valdivia, baje usted otro par de color.

VAL.—Allá voy.

ROD.—Vamos, dése usted prisa.

VAL.—(Baja precipitadamente la escalera llevando en la mano un par de botas. Tropieza con un banquillo de los que ocupan el centro de la escena y llega a donde está Rodríguez del modo más cómico posible.) ¡Caracoles! ¿Qué bicho le ha picao?

ROD.—(Después de convencerse de que doña Sabina no los mira.) Fíjese en lo que hay en aquel balcón.

VAL.—(Mirando.) ¡Azúcar!

ROD.—Bueno; pues no he hecho más que mirarla y ahí la tié usté: ¡anestesiá!

VAL.—¡Sicaplítico! (Continúan mirando al balcón relamiéndose de gusto.)

SAB.—¡Rodríguez! ¡Rodríguez!

ROD.—¿Qué quieres, monina?

SAB.—¿Te vas a pasar la vida en el escaparate? A ver estos encargos. (Pasando la vista por el interior de un cuadernillo de notas.) ¡Vaya unos garabatos que has hecho aquí!

ROD.—¿Garabatos? Pues te puedes quejar de la letrita. (Vase al lado de doña Sabina y deja en el escaparate a Valdivia.

SAB.—Anda, anda, vé diciendo. Esa doña Laura, ¿qué tiene encargado?

ROD.—Dos pares de botas de becerro francés y unas zapatillas.

SAB.—(Escribe en el libro.) Ya está. Otro.

ROD.—Don Jaime Moliner.

SAB.—Ese, ¿qué tiene?

ROD.—Un par de zapatos de lona y otro de color.

SAB.—(Escribiendo.) Color... Venga otro.

ROD.—Don Marcelino Rebolledo. Aquí se ha olvidado poner el encargo. Valdivia, ¿se acuerda usted qué tiene encargado don Marcelino Rebolledo?

VAL.—¿Quién es ese Rebolledo?

ROD.—El coronel, hombre.

VAL.—¡Ah, sí! El coronel tiene tres pares: uno de charol y dos de becerro.

SAB.—(Escribiendo.) Becerro. (A Rodríguez.) Sigue.

ROD.—Ya no hay más.

SAB.—Bueno, Rodríguez, yo voy a dar una vuelta por ahí dentro. Valdivia, ¿va usted a cenar con nosotros?

VAL.—No pensaba, pero me quedo sólo porque usted me lo ha dicho.

SAB.—Pues hay estofado. (Mutis primera derecha.)

VAL.—(Me quedo solo.)

ESCENA II

Rodríguez y Valdivia. Después Cascarilla

ROD.—(Acercándose a Valdivia en tono muy irónico. ¿Quiere usted unos gemelos?

VAL.—¿Es reticencia?

ROD.—Es licor del Polo. (Dándole una palmada en el hombro.)

VAL.—Avasallarme, no.

ROD.—Es que esa mujer es cosa mía, y si usted quiere esparcir el ánimo, se compra usted una ocarina o me hace a mí el busto en escayola.

VAL.—¡Qué chascos se lleva uno!

ROD.—¿Por qué?

VAL.—Porque a primera vista parece usté un zapatero sensual, y es usté la tonta de la pandereta. ¿Hacerle yo a usté traición? Primero fraile.

ROD.—Ya me extrañaba a mí que siendo usted mi amigo del alma...

VAL.—(Interrumpiéndole.) ¡Vamos, hombre! Yo le he dado a usted mi mano, diciéndole: aquí tiene usted un amigo... y aquí lo tendrán usted siempre.

ROD.—(Le abraza conmovido.) Valdivia... no hace usted más que pagar.

VAL.—Bueno, vamos a ver... con franqueza... ¿cuántas ha rendido usted en lo que va de mes?

ROD.—(Haciendo memoria.) Le diré a usted. Verdaderamente rendidas, ocho, y fatigás ná más, cinco.

VAL.—¿Y cómo se las compone usted para seducirlas tan pronto?

ROD.—Muy sencillo. Tengo dos sistemas: el oral, u séase el empleo de voces voluptuosas, y el manómano, que es el lenguaje secreto de las manos. Que la individua que trato de conquistar es soltera, dos voces y la aturdo; que es viuda, apelo a las manos; que está separada del marido, la obsequio y la doy una vuelta por el bulevar; que se muestra esquiva, repito el obsequio y la doy otra vuelta; que sigue resistiéndose... no hay que darle vueltas: esa mujer es una virtud romana.

VAL.—¡Camará es usté un ciclón pa ésto de las mujeres!

ROD.—Usted lo ha dicho.

VAL.—¡Pero, hombre! ¿y la señora Sabina?

ROD.—Le diré a usted. Mi casamiento interino con la señora Sabina fué más bien financiero que amoroso.

VAL.—(Con fingido espanto.) ¿De veras?

ROD.—Lo que usted oye. Y... ahora voy a depositar en usted el secreto más grande de mi vida.

VAL.—Deposite usted, que soy un pozo.

ROD.—(Con mucho misterio.) ¿Dónde cree usted que conocí a la señora Sabina?

VAL.—A orillas del Nilo.

ROD.—Quite usté allá, En la cuarta plana del *Heraldo*.

VAL.—¡Ay qué gracioso!

ROD.—Pues sí, señor. Una noche, que por cierto no habia cenao, tropecé con un anuncio que decía así: «Dinero. Viuda por tercera vez desea unirse a caballero saludable y honrado. Dirigirse a S. G. Lista de Correos. Madrid.» Sin confiar mucho en el triunfo, escribí, y cuál no sería mi sorpresa al recibir a los dos días, en mi casa, la visita de S. G. Era Sabina Gutiérrez. La vi, me vió, la gusté, me entregó quinientas pesetas en señal, ultimamos el contrato y a los dos meses la banda del Hospicio, dando al aire las alegres notas del aria del Morrongo, anunciaba la unión provisional de dos seres y la apertura de una zapatería, que hoy es de mi exclusiva propiedad. Conque, ¿qué le parece a usted?

VAL.—Que si le coge a usted Blasco Ibáñez, hace la primera novela.

CAS.—(Saliendo primera derecha.) Maestro, la señora Sabina, que suba usté a preparar el trabajo.

ROD.—Bueno, dile que ya voy.

CAS.—Es que dice que como tenga que bajar ella, le va a dar a usté dos upas.

VAL.—Oye tú, murciélago, ¿qué manera es esa de tratar a su jefe?

CAS.—Usté se calla, porque esas upas las traigo de parte de la maestra, pero a usté pué que le dé yo algunas por mi cuenta.

VAL.—¡Pero, niño!

ROD.—Déjelo usté. Completamente infantil. (A Cascarilla.) Anda pa adentro. (A Valdivia misteriosamente.) Se continuará. (Vase siguiendo a Cascarilla.)

VAL.—¡Primogénito! Los he visto panolis, pero este tío parece que se desayuna con adormideras. (Coge una pila de cajas que hay sobre un banquillo y sube con ellas la escalera cantando.)

Que el pay-pay — en Manila se estila
y en Samalakay... — ¡Ay, que me caí!

ESCENA III

Valdivia y Charito

CHAR.—(Entrando foro.) Buenas tardes.

VAL.—(Vuelve la cara, y al ver a Charito, se le caen las cajas que tiene en la mano.)

¡Ay, que se me cai!

CHAR.—Pero, Vardivia, ¿qué le pasa a usted?

VAL.—(Bajando la escalera.) ¿Que qué me pasa? Charito... Charito, tú te estás columpiando conmigo.

CHAR.—¿Ya va usté a empesá? Vamos, despácheme usté pronto, que tengo prisa. Mi señorita, ¿que pa cuándo van a estar los zapatos bebé que tiene encargaos?

VAL.—Ya están listos, palmera del desierto.

CHAR.—Ea, pues démelos usté ya, que me están esperando.

VAL.—(Tomando una caja de dos que habrá sobre el «comptoir».) Aquí los tienes. Y conste que te ambiciono.

CHAR.—¡Cuidao que es usté asaúra!

VAL.—¿Asaúra?... Chica, chica, ¿pero tú haces gimnasia? (Sobándola los brazos.)

CHAR.—(Dándole un manotazo.) Tóquese usté las narices. Está visto que

no se pué vení a esta casa. Cuando no es usté, es el amo; cuando no es el amo es el dependiente. ¡Josú qué moscones!

VAL.—(Cogiéndola por un brazo.) Ven acá, bibelote.

CAS.—(Saliendo por la primera derecha.) ¡Hola, Charito!

CHAR.—Adiós, Cascarilla.

CAS.—Si yo te dijera lo que he soñao contigo, pué que te diera un accidente.

CHAR.—¿También tú? ¡Vaya, vaya, aliviarse! (Mutis por el foro.)

VAL.—Adiós, ondulante.

ESCENA IV

Valdivia y Cascarilla.

CAS.—Señor Valdivia, yo, la verdá, le tengo a usté mucha hincha, porque pa mí que usté ha venío a esta casa a comerse las botas de mi amo.

VAL.—¡Chico, chico!... ¿Qué dices?

CAS.—Bueno, pero esto no quita pa que yo sienta por usté una miaja de simpatía y le cuente mis interioridades.

VAL.—Cuenta lo que quieras, que soy tu amigo del alma.

CAS.—Mire usté, señor Valdivia... ¿usté sueña?

VAL.—Depende de los alimentos.

CAS.—¡Ay, yo con mucha frecuencia! Mire usté... anoche soñé que to el calzao de señora que hay en la estantería, se animaba en las plantas de mujeres célebres. Todas corrieron hacia mí, llenándome de caricias. Pero cuando el entusiasmo era más creciente, ¡cataplún!, se animan las botas de caballero y la emprenden a patás conmigo.

VAL.—Chico, eso es del estómago.

CAS.—Na, que siempre sueño con mujeres guapas. ¡Anda!, y después soñé con usté.

VAL.—¿Conmigo... avión?

CAS.—Sí, señor, me ganó usté dos duros jugando al tute, y no pude pagárselos.

VAL.—Bueno, pues a ver si me los das pronto, que las deudas del juego son sagrás. (Mutis primera derecha.)

CAS.—Este tío está apolillao. Como si yo necesitara sus consejos. Pues menudas simpatías me traigo yo. Miusté qué prefil, miusté qué andares, miusté qué caída de ojos. Tengo las mujeres así. Y algunas entontecías por este cuerpecito.

ESCENA V

Cascarilla y La Reina de las Pulgas que entra por el foro, muy elegante

REINA.—Buenas tardes.

CAS.—(¡Camará, *La reina de las pulgas*!) Pase la gracia y las mujeres con circunstancias y tal. (*¡La reina de las pulgas a mi lao!* Na, que esta noche tampoco duermo tranquilo.)

REINA.—¿No está el maestro?

CAS.—Señorita, pa decirle a usted que es usté una mujer dislocante, soy el maestro; pa el calzao soy aprendiz na más; pero diga usted lo que desea.

REINA.—Quiero unas botas imperiales.

CAS.—En seguida. Tome usted asiento y la tomaré medida. (En toda esta escena, Cascarilla está atortolado por el entusiasmo.) ¡Olé las *chanteuses* etéreas! Anoche le tiré a usté la gorra al escenario. ¿No se fijó usté?

VAL.—¡Vaya si me acuerdo!... Ahí, cerca del escaparate, me dijiste: «Mañana salgo a veranear. Rodríguez se queda en Madrid. Toma cincuenta duros y finge un viaje. Te espero dentro de dos días en San Sebastián, mi costa favorita.» Yo fuí a tu costa, y allí nos reunimos, en tanto que Rodríguez me creía en Cádiz al lado de mi pobre tía.

SAB.—Así fué; y juntos pasamos toda la temporada.

VAL.—Una temporada deliciosa... Del hotel a la playa, de la playa al hotel...

SAB.—Por las mañanitas, bajábamos a tomar el baño aprovechando la soledad de la playa. ¡Y cómo te impresionó el mar!...

VAL.—¡La mar! Yo nunca había visto tanta agua junta.

SAB.—¡Y qué miedo pasaste el día del primer baño!

VAL.—La falta de costumbre.

SAB.—No se me olvidará jamás. Salí yo de la caseta envuelta en mi sábana. Me encaminé a la orilla, salté al mar y a los pocos pasos el agua cubría mis piernas. Tú, en cambio, vacilabas.

VAL.—Como que en mi vida las había visto más gordas.

SAB.—Sin embargo, a los pocos días nadabas como un pez, y los dos éramos el encanto de la playa.

VAL.—(Con pena.) ¡Poco duró aquel idilio! Al mes estábamos de nuevo con el animal de Rodríguez.

ESCENA IX

Los mismos y Rodríguez

ROD.—(Entrando por el foro con cara de satisfacción.) ¡Prisionera!

VAL.—(El animal de Rodríguez.)

SAB.—(Separándose y fingiendo.) Bueno, Valdivia, no olvide ust ed mi encargo.

ROD.—(A Valdivia.) (¿Qué encargo es ese?)

VAL.—(Que me está usted comprometiendo.)

ROD.—(¿Yo? ¿Por qué?)

VAL.—(Porque está muy escamá y acaba de encargarme que le vigile. Figúrese usted.)

SAB.—Rodríguez, supongo que esta noche me llevarás al teatro.

ROD.—(¡Caracoles!) Mal día has escogido. Precisamente esta noche tengo una cita con un fabricante de curtidos y no puedo faltar.

SAB.—¡Mira qué casualidad, hombre! Todos los sábados tienes citas con fabricantes de curtidos. No, pues lo que es esta noche no me quedo yo sin ver la cuarta de Eslava. (Enfadada.)

ROD.—No te alteres, mujer, que todo puede arreglarse. Irás con la criada y Valdivia hará el favor de acompañaros. ¿Verdad, Valdivia?

VAL.—Lo que ustedes manden.

ROD.—Y quiere decir que yo iré a esperaros a la salida y os convidaré a chocolate.

SAB.—(Más enfadada.) Gracias por el convite.

ROD.—Pero, rica, no te pongas así.

SAB.—Déjame de tonterías. (Vase primera derecha.)

ESCENA X

Rodríguez y Valdivia. Después Charito

ROD.—Enseguidita dejo yo mis excursiones nocturnas por ver la cuarta de Eslava. Ahí van dos duros para que vean ustedes dos funciones.

VAL.—(Guardándose los dos duros precisamente en el bolsillo donde metió el otro.) Tres.

ROD.—No, hombre; dos nada más.

VAL.—Digo que somos tres los que vamos

CHAR. — (Entra por la puerta del foro y se dirige a Valdivia.) Señó Vardivia: está usté más loco que una espuerta e gatos.

VAL.—¿Qué pasa, mujer?

CHAR.—¿Qué me ha daó usté antes, so guasón?

VAL.—Los zapatos de tu señorita.

CHAR.—(Sacando de la caja que se llevó dos enormes zapatos negros con hebillas de plata.) ¿Estos son los sapatos de mi señorita, asaúra? Estos son dos cuartos desarquilaos

ROD.—Pero, hombre, ¿en qué está usted pensando?

VAL.—Perdone usted, Rodríguez, un error lo tiene cualquiera.

ROD.—Ea, pues déle usted los suyos.

VAL.—Perdone usted, Rodríguez. Dos errores los tiene cualquiera.

ROD.—¿Qué está usted diciendo?

VAL.—Que no es esto lo peor, sino que le he mandao al padre Ambrosio los zapatos bebé.

ROD.—¡Atiza! Pues la ha hecho usted buena. (A Charito.) Dígale usted a su señorita que perdone, y que en seguida le mandaremos los zapatos.

CHAR.—Bueno, pues que no tarden.

ROD.—Inmediatamente irá el chico con ellos.

CHAR.—Quearse con Dios. (Vase por donde ha venido.)

ROD.—Adiós. (A Valdivia.) Pero, Valdivia, ¿usted se ha propuesto acabar con la parroquia?

VAL.—Tiene usted razón. Yo no estoy bueno de la cabeza.

ROD.—Yo, más que por nada, lo siento por el padre Ambrosio. ¡Mandarle unos zapatos bebé! Nada, que va a creer que es una burla.

VAL.—Y ese Cascarilla sin venir.

ROD.—¡Seguramente lo han tirao por las escaleras!

ESCENA XI

[Rodríguez, Valdivia y Cascarilla, foro.

CAS.—Ya estoy de vuelta.]

ROD.—¡Anda salero! (Al chico.) ¿Has visto al padre Ambrosio?

CAS.—Sí, señor.

ROD.—¿Y abrió la caja de los zapatos?

CAS.—Sí, señor.

VAL.—Oye, ¿y no te ha zumbao?

CAS.—No, señor.

ROD.—Bueno, ¿pero que hizo al verlos?

CAS.—Se echó a reír, me dijo que me esperara, y al poco rato salió diciéndome que, aunque no pensaba hacer ese desembolso, que se quedaba con ellos.

VAL.—¡Zambomba!

ROD.—¡Arrea!

CAS.—Además me dijo que mañana le lleve los suyos.

ROD.—Vaya, menos mal. (Cascarilla enciende las luces y Valdivia sube de nuevo a la escalera para ordenar las cajas.)

ESCENA XII

Los mismos y una Parroquiana.

PAR.—¡Hola, maestro!

ROD.—Felices, Luisita. ¿Y su esposo?

PAR.—¡Tan atareado como siempre! El trabajo lo va a matar.

ROD.—¡Vaya, vaya! ¿Y qué desea usted?

PAR.—Quiero unas botas de tafilete, a la inglesa. (Se sienta y se dispone a probar las botas que le lleva Rodríguez.)

ROD.—En seguida. (Vase a buscar lo que han pedido.)

ESCENA XIII

Los mismos y un matrimonio (el catalán). Después doña Sabina.

MUJ.—(En la puerta del foro.) ¿Entramos o no entramos?

MAR.—Entramos, pero no sabes lo que me molesta venir contigo a estos sitios.

MUJ.—Pero ¿por qué, hombre?

MAR.—Porque aquí debiera haber en las zapaterías dependientes de ambos sexos como en Barcelona.

MUJ.—Vamos, no seas tonto.

MAR.—(Entrando.) Ascolta, Saturnina. Los zapatos te los calzas tú, ¿eh?

MUJ.—Descuida, hombre, descuida. (Avanzando.) ¡Muy buenas!

CAS.—Muy buenas ¿Qué desean ustedes?

MUJ.—Unas botas de charol para mí.

CAS.—A ver qué número tiene usted. (Se tira al suelo.)

MAR.—(Levantándole.) Deja, noy. (A su mujer.) Saturnina, descálzate.

CAS.—Como usted guste. (Coge la bota que le entrega la mujer.) Al momento. (Vase a revolver la estantería.)

MUJ.—Te pones en ridículo con tus celos.

MAR.—Déjate estar. Yo soy como soy.

VAL.—(Descendiendo de la escalera.) ¡Ajajá!

ROD.—(A la Parroquiana.) Estas creo que la estarán bien.

PAR.—(Después de probarlas.) Tiene usted que sacar un poco los botones.

ROD.—Ahora mismo. (Se dirige al «comptoir».)

VAL.—(Reparando en la mujer del catalán.) ¡Dios mío, qué curvas! (Pasa por detrás de la mujer del catalán y se pasea examinándola detenidamente.)

MAR.—(Después de ver el juego de Valdivia.) ¡Me parece que vamos a tener jaleíto!

CAS.—(Volviendo con las botas.) Vamos a ver éstas.

ROD.—(Entregando las botas a la Parroquiana.) ¡Ahí van!

PAR.—¿Qué le debo?

ROD.—Veinte pesetas (La mujer del catalán se levanta la falda para probarse uno de los zapatos. Valdivia se tira al suelo para verla las piernas por debajo del banco.)

VAL.—(¡Dios mío, qué desarrollo!)

MAR.—¡Me caso en Montjuit! (Se levanta dispuesto a arrojarse a Valdivia.) ¡Sinvergüenza! ¡Granuja! (El catalán la emprende a puñetazos con Valdivia; Saturnina procura separarlos; la Parroquiana se desmaya en brazos de Rodríguez; doña Sabina, que aparece por la derecha, grita desaforadamente, y Cascarilla sube a lo alto de la escalera, desde donde dice la última frase del cuadro.)

ROD.—Pero, ¿qué es esto?

CAS.—(En tono muy dramático.) La expiación de una culpa. (Telón rápido.)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle con puerta practicable a la izquierda, sobre la cual hay parte de una muestra en la que se lee «Zapatería de .....»

ESCENA PRIMERA

Rodríguez y Cascarilla. Después Valdivia

ROD.—(Por la derecha, acompañado de Cascarilla.) Si no intervengo como diplomático, el infeliz de Valdivia duerme esta noche con apósito. ¡Gachó con el catalán!

CAS. Después de to, la cosa ha tenido gracia. La mujer que se remanga, el marido que se distrae, y Valdivia que se la gana por irse a las Vistillas. (Los dos se ríen.)

VAL.—(Asomando la cabeza por la puerta de la zapatería.) ¡Rodríguez!... ¡Rodríguez!... ¿Se fué?

ROD.—¡Sí, hombre, sí! Salga usted sin miedo.

VAL.—(Saliendo.) Diga usted, ¿puedo estar tranquilo? ¿Ha quedado en volver?

ROD.—Sí, señor. (Movimiento de fuga en Valdivia.) Que sí... que puede usted quedar tranquilo; ese hombre no vuelve.

CAS.—No vuelve, gracias al maestro.

ROD.—Como que soy el amo de todas estas cosas.

VAL.—¿Y que ha dicho de mí?

ROD.—(Vacilando.) Hombre... ha dicho... Cascarilla, dile tú lo que ha dicho.

CAS.—(Vase por delante de Rodríguez y se coloca junto a Valdivia.) Pues ha dicho que es uste un viejo verde y que no se puede ser Tenorio con esa cara tan ridícula.

VAL.—¡Bueno, que lo maten! El caso es que me ha reventao.

ROD.—En fin, eso ya pasó. Ahora a cenar, y después ustedes a Eslava.

VAL.—Y usted a ver al fabricante.

ROD.—(Riéndose.) Al fabricante... (A Cascarilla.) Oye, tú: al fabricante.

CAS.—(A Valdivia.) ¡Vamos, usted es una codorniz sencilla!

ROD.—Yo al cinematógrafo, donde todas las noches hago dos o tres conquistas.

VAL.—¿Sí, eh?

ROD.—Es un descubrimiento que hicimos éste y yo el verano pasao. (Pausa.) Mientras la pobre Sabina se aburría sola en San Sebastián, y usted hacía el primo en Cádiz, al lao de su tía, yo pasaba las grandes veladas en el cinematógrafo.

VAL.—Pero, hombre, eso es pa los chicos.

ROD.—Eso parece, pero cuando apagan la luz es pa los grandes.

VAL.—¡Ah, vamos! Las muchachas...

CAS.—Ahí le duele. ¿Usté sabe lo que es sentarse al lao de una mujer guapa y que apaguen la luz?

VAL.—La obscuridad.

ROD.—El éxtasis.

CAS.—La tentación.

ROD.—Bueno, pues andando, que ya es tarde. Nosotros, al cinematógrafo, y usted hágame el favor de acompañar a Sabina. (Dirigiéndose hacia la puerta de la tienda.) Comprendo que es un sacrificio, pero yo se lo agradeceré a usté eternamente. (Cae el telón de boca.)

(Toca la orquesta el número 3 (vals), y al terminar y a telón corrido, un actor, desde dentro, endilga al público el siguiente discurso pregón:)

¡Ale, ale, señores!... ¡Pasen, pasen al interior!... Todas las secciones dan comienzo con los primos Fú-Fú, coupletistas japoneses. ¡Dos mil películas distintas! ¡Mujeres célebres, corridas de toros, viajes recreativos!... Todas de gran éxito; pero las que más gustan son las mujeres, y sobre todo las corridas. Anoche estrenamos dos cintas maravillosas, tituladas: *Escándalo en el Congreso de París* y *Robo en un tren;* y la gente salió entusiasmada diciendo: ¡Qué escándalo! ¡¡Qué robo!! Veinticinco céntimos la entrada. ¡Ale, señores, que va a empezar! (Vuelve a repetir la orquesta el número 3 (vals), y al terminar éste, salen Cascarilla y Rodríguez al público, donde ya estarán colocados «una joven incitante» y «un tío gordo». En el público habrá también dos guardias (actores de la compañía) y tres o cuatro espectadores, también artistas.)

CUADRO TERCERO

ESCENA UNICA

Rodríguez, Cascarilla, la Joven incitante, el Tío Cordo y voces; luego los Fú-Fú.

ROD.—(Saliendo por el patio de butacas con Cascarilla.) Cascarilla, hay que situarse bien. Derrama la vista y busca.

CAS.—(Derrama la vista por todo el salón.) Maestro, allí hay una mujer que ni de encargo. (Reparando en la joven incitante.)

ROD.—¡De primera! ¡Ya tengo lo mío! (A Cascarilla.) Tú siéntate ahí.

CAS.—Maestro, pupila... Acuérdese usted del señor Valdivia. (Cascarilla se sienta en una butaca y Rodríguez vase flechado adonde está la joven incitante. Para sentarse junto a ella, pasa por delante del Tío Gordo, a quien dice:)

ROD.—Con permiso.

T. GOR.—Usted lo tiene.

ROD.—(Después de mirar con insistencia a la joven y dirigiéndose al Tío Gordo.) Caballero, ¿es esta la sección del estreno?

T. GOR.—Sí, señor; esta.

ROD.—Muchas gracias. (Clava de nuevo la vista en la joven.) Joven, ¿la gusta el cinematógrafo?

JOVEN.—Sí, señor, mucho.

CAS.—¡Maestro! Aquí se está la mar de bien.

ROD.—Mejor se está aquí. (En este momento suena un timbre, se levanta el telón y una voz desde un bastidor anuncia. Debe haber un salón modernista o un jardín fantástico; lo importante es que la decoración sea abierta y muy vistosa. Un potente reflector inunda de luz la escena. Los Fú-Fú salen cada uno por un lado al compás de la música.)

VOZ.—Los primos Fú-Fú, coupletistas japoneses.

Música

LOS DOS Somos los primos Fú-Fú, — coupletistas del Japón,
que la Europa recorremos — en constante aclamación.
Y nuestro saliente es — el cantarnos un couplé
de muchísima frescura — porque es puro japonés.

ELLA Un banquero de Tokío — de la Otero se prendó.
EL Y mil duros por un beso — nada menos la ofreció.
ELLA Ella complaciente — le dió mucho más,
pero el millonario — se fué sin pagar.
EL Y la bailarina — triste se ha quedado,
diciendo, furiosa, — valiente... Mikado.
LOS DOS En el Japón, — pón, pón, — está ya demostrao.
En el Japón, — pón, pón, — son unos desahogaos.

Los Fú-Fú, Cascarilla, Rodríguez, Tío Gordo y los demás espectadores.

En el Japón, — pón, pón, — está ya demostrao.
En el Japón, — pón, pón, — son unos desahogaos.
ELLA Un famoso abaniquero — de los muchos del Japón.
EL Para anuncio de su industria — hizo un abanico atroz.
ELLA Con letras doradas — puso en el país
un letrero enorme, — que decía así:
EL Atención, señoras, — pasen adelante,
se hacen también chicos — por el fabricante.
LOS DOS En el Japón, — pón, pón, — está ya demostrao.
En el Japón, — pón, pón, — son unos desahogaos.

Los dos, Cascarilla, Rodríguez, Tío Gordo y los demás espectadores.

En el Japón, — pón, pón, — está ya demostrao.
En el Japón, — pón, pón, — son unos desahogaos.

(Al terminar el número, la voz anuncia:)

Hablado

VOZ.—Sección cinematográfica. (Baja el lienzo que sirve para las proyecciones.)

(Anuncia el título de la película que se vaya a proyectar. El teatro queda completamente a obscuras. Inmediatamente comienza la proyección de la citada película. El público ríe, sobresaliendo las carcajadas escandalosas del Tío Gordo. Durante el tiempo que dura la película, la Joven incitante tendrá que decir, confiando en su discreción, lo siguiente:)

JOVEN.—Caballero, estése usted quieto. ¡Pues vaya un atrevimiento! Le he dicho a usted que se esté quieto.

T GOR.—Caballero.

ROD.—¿Qué?

T. GOR.—Que se equivoca usted; que soy yo. (Al terminar la película se ilumina el teatro y aparece Rodríguez de espaldas a la Joven incitante y simulando que lee un periódico.)

T. GOR.—Bien se ha aprovechado usted, amigo.

ROD.—¡Chist!... Calle usted, hombre, calle usted.

VOZ.—Estreno. Escenas de la playa: San Sebastián. (Vuelve a quedarse a obscuras el teatro. Comienza la proyección. Esta película reproduce escenas de la playa tales como niños cogiendo conchas y jugando con la arena, corrillos de veraneantes, parejas amorosas que cruzan de uno a otro lado, etcétera, etc. En primer término derecha hay una caseta. Al comienzo de la película, y para desgracia de Rodríguez, aparecen por la izquierda cogiditos del brazo y muy amartelados doña Sabina y Valdivia. Ambos llevan los mismos trajes con que aparecieron en el primer cuadro de la obra. Rodríguez al descubrir la traición de su amigo del alma y de su querida Sabina, vota en el asiento y grita como un loco. Al entrar en la caseta, Valdivia coge cariñosamente la «parte posterior» de doña Sabina. El Tío Gordo va a reventar de risa. Durante esta película tiene lugar el diálogo siguiente:)

ROD.—¿Qué veo? ¡Sabina! ¡Valdivia! ¡¡Los dos juntos!!

CAS.—¡Atiza, la maestra con el señor Valdivia!

T. GOR.—(A Rodríguez.) Ande usted, aprovechese usted ahora.

ROD.—¡Granujas!... ¡Infames!... Pero, ¿a dónde van?

ESP. 1.º—¡Que se calle ese tío!

ESP. 2.º—¡A la cuadra!

ROD.—(Al Tío Gordo.) Como se ría usted más, le rompo las muelas.

T. GOR.—¡Romperme las muelas! ¡¡Ca, hombre, ca!! Si gasto todos los días licor del Polo.

ROD.—¡¡Y se han metido en la misma caseta!!

VOCES.—¡Fuera ese escandaloso! ¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Fuera!... (En este momento salen de la caseta doña Sabina y Valdivia con trajes de baño y cargados de vejigas. Rodríguez ruge materialmente.)

ROD.—Ya salen. ¡Sinvergüenzas! ¡Canallas!

CAS.—¡Anda! Pero, ¿y la ropa?

ROD.—Lo mato.

JOVEN.—¡Jesús, qué barbaridad!

T. GOR.—Caballero, que me atropella usted.

ESP. 1.º—¡Que lo ataen!

ROD.—¡Lo mato!

VOCES.—¡Fuera! ¡A la calle! ¡Fuera!

T. GOR.—¡Socorro! ¡Socorro!

VOCES.—¡Luz!... ¡Luz!... ¡Socorro! ¡Que den luz! ¡Socorro! (Al darse luz cae el telón de boca y nótase gran confusión en la sala; el tío Gordo, tendido en el suelo, patalea asustado. Rodríguez, abriéndose paso como un loco, dirígese a la puerta.)

ESP. 2.º—Dejadle, que es un loco.

CAS.—(Saliendo a su encuentro.) ¡Señor Rodríguez, que pué que esto no sea verdad!

ROD.—¡A Eslava!

CAS.—¡Ni los raos!

GUARDIAS.—¡A la delegación! (Llévanse a Cascarilla y Rodríguez.)

CUADRO CUARTO

Fachada del teatro Eslava. Puertas de entrada, practicables. Forillos reproduciendo el pórtico. En las puertas, guardias, vendedores de argumentos y de periódicos, floristas y golfos.

ESCENA UNICA

Rodríguez, Valdivia, doña Sabina, Cascarilla, un Revendedor, un Portero, dos Floristas, dos Golfos y Espectadores, que salen a su tiempo.

GOL. 1.º—¿Das una *Corres* por un *Heraldo*?

GOL. 2.º—He traspasao dos que me quedaban.

FLOR. 1.ª—Chica, estoy con las del berí. Tres reales en toa la noche.

FLOR. 2.ª—¡Anda!, pues yo no me he estrenao. (Salen Cascarilla y Rodríguez por la izquierda.)

CAS.—Calma, maestro, mucha calma. No vayamos a dar un espectáculo.

ROD.—He dicho que lo mato y lo mato.

CAS.—¡Por Dios, que nos vamos a ver otra vez en la delega! Y gracias a que el delegao le conocía a usté y nos ha soltao.

ROD.—Pues no me conoce, porque a Valdivia lo mato esta noche. (Van al teatro.)

CAS.—¡Anda, la taquilla cerrá!

ROD.—Aquí hay un revendedor. ¿Billetes?
REVEN.—No hay billetes. (Vasé.)
ROD.—Tal vez en la puerta nos dejen pasar. (Intentan entrar.)
PORT.—¿Dónde va usted?
ROD.—Adentro.
PORT.—No se puede pasar; ya se ha acabao.
ROD.—¡Pero, hombre!
PORT.—Quítense de en medio que ya sale el público. (Se alejan. En este momento empieza a salir el público del teatro alejándose en distintas direcciones.)
ROD.—(Fijándose en los que salen.) Llegó el momento. (Aparecen Valdivia y doña Sabina.)
CAS.—Allí vienen.
VAL.—Mírelo usted. (A Sabina.)
SAB.—¡Rodríguez!
ROD.—(Cortándoles el paso.) ¡Buenas noches!
CAS.—¡Hola, maestra!
SAB.—No puedes figurarte lo que nos hemos divertido.
ROD.—Sí, ¿eh?
SAB.—Nos hemos reído la mar.
VAL.—(Aparte a Rodríguez.) (Y usted, ¿se ha divertido mucho en el cinematógrafo?)
ROD.—(Dándole un manotazo.) Mucho.
VAL.—¡Qué humorístico!
SAB.—¡Qué calor hacía en el teatro!
ROD.—(Dando muestras de estar nervioso.) ¿Conque mucho calor?
SAB.—Insoportable.
VAL.—¡Asfixiante!
ROD.—(Con ironía.) En San Sebastián, se estará más fresco, ¿verdad?
SAB.—¡Ay, ya lo creo!
VAL.—¡Quién estuviera allí!
ROD.—(Dándole un puñetazo en la cabeza.) ¡Granuja!
VAL.—¿Qué hace usted?
SAB.—(Muy sorprendida.) ¿Qué es esto, Rodríguez?
ROD.—(Dándole golpes.) ¡Que le voy a pisar la cabeza! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza!
CAS.—¡Maestro, por Dios!
ROD.—(A Valdivia.) ¿Conque en Cádiz? (A Sabina.) ¡Y tú, hipócrita! ¡De modo que mientras yo estaba en Madrid al cuidado de la tienda, tú, bañándote en San Sebastián con ese tío repugnante!
SAB.—¡Mentira! ¿Quién ha dicho eso?
ROD.—¡Yo que lo he visto, como lo verá to Madrid! ¡En el cinematógrafo del bulevar he descubierto vuestra infamia! ¡Allí, en una cinta, estáis los dos!
SAB.—Dios mío, ¡qué vergüenza!
VAL.—(¡Quién lo había de pensar! ¡¡Yo en cinta!') Rodríguez, tiene usted razón. Péguemе usted; pero reconozca usted que soy muy desgraciado. Mi situación por un lado, el catalán por otro. En fin, hasta la vista...
ROD.—(Cogiéndole por un brazo.) Ca, usted no se va...
VAL.—Digo, que hasta la vista del cinematógrafo me ha fastidiao...
ROD.—¡Granuja!
CAS.—Maestro, por Dios, que usted tiene que perder.
ROD.—Tienes razón: verás lo que se me ha ocurrido. Quiero portarme como un hombre. Por lo visto, ¿ustés se quieren? Pues bueno, Sabina, eres libre. Cascarilla, a casa conmigo.

VAL.—(Asustado.) Le diré a usted... yo...

ROD.—Nada, nada; hemos terminao, y que sean ustedes muy felices.

VAL.—(¿Pero qué hago yo con esta mujer sin botas, ni na?) Escuche usted...

ROD.—Lo dicho, dicho.

SAB.—(Llorosa y suplicante.) ¡Por Dios, Rodríguez!

ROD.—Quite usted de ahí, ¡descocada!

SAB.—¡Ah! (Desmayándose cómicamente en brazos de Rodríguez.)

CAS.—¡Anda se descocó!

ROD.—Valdivia, pa usté. (La suelta en brazos de Valdivia y hace mutis.)

VAL.—¿Y quién carga con este estafermo sin dos pesetas? Pa ti, Cascarilla, que me espera un amigo. (Deja a doña Sabina en brazos de Cascarilla y vase.)

CAS.—Maestra, arriba, que es tarde.

SAB.—(Volviendo en sí.) ¿Se han marchado?

CAS.—Los dos.

SAB.—(Muy enternecida.) ¡Cascarilla!...

CAS.—¡Señá Sabina! ¿Lo ve usted? De los cuarenta pa arriba... el devaneo es un suicidio.

TELON

En breve se publicará el drama en tres actos

ASTREA

del que es autor el eminente sociólogo

E. Torralva-Beci.

Imprenta Moderna. — Doctor Fourquet, 23. — Teléfono M. 14-51.

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto).

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Oacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El Señor Sócrate (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto).

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenjo y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de de la Vega» (tres actos), por Cantó y Soldevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chica» (un acto), por S. y J. Alvarez Quintero.—«Bohemios» (un acto), por Perrín y Palacios.—«Molinos de viento» (un acto), por L. Pascual Frutos.

3 0112 115873470

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policíaca

Números publicados:

I.—La muñeca trágica.
II.—Los dos pilletes.
III.—El secreto de la biblioteca.
IV.—El suplicio de Max Vert.
V.—El guante rojo.
VI.—La marca infame o el hombre de las dos caras.
VII.—¡13? o el vencedor de Fantomas.

Próximos a publicarse:

Franz Hallers.

Fantomas.

Hugo de Montreux.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 cts. — NUMERO — 20 cts.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de la Papelera Española.